GT 42: Inclusión y Exclusión Social de la Mujer en la Historia del Mundo Antiguo

Análisis de las Magas y hechiceras en el «Asno de oro o Metamorfosis» de Apuleyo de Madaura

Lidya Esther Antreassian Lorenzo

Estudiante avanzada de Licenciatura de Ciencias Históricas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

lidyaant@adinet.com.uy /lidyaant@gmail.com

La presente investigación forma parte de un informe iniciado en el Seminario de la asignatura de Historia Antigua del Departamento de Historia Universal año 2011. El mismo era sobre el tema: «Mujeres en la Roma Antigua». Los estudios para el informe abordan el punto: «La mujer en la religión. Imágenes de lo femenino. Mitos y ritos.»

Se pretende, en el marco de estos estudios, plantear la existencia de las mujeres magas y hechiceras y su influencia en la sociedad romana, así como el hecho de ser desacreditadas, malvadas y relegadas en el discurso literario. Centramos nuestro análisis en descubrir la preponderancia de la magia y la hechicería en Roma y su sociedad, desde lo público (el Estado) y lo privado (las familias y personas).

Dado que la religión estaba unida al Estado, es necesario conocer cómo se aceptaba todo lo que consistiera magia y hechicería que apareciera externamente de la religión y el Estado romano. Por lo tanto también hay que observar que estaba permitido y lo que estaba por fuera de las leyes romanas.

La fuente seleccionada, por ser la que explica tipos de magia y hechicería y sus consecuencias es: «El asno de oro o Metamorfosis», Apuleyo de Madaura, Madrid: Ed. Alianza Editorial S.A., 1988, introducción: Carlos García Gual.

El autor nació en el norte de la provincia del África Romana, y desde muy joven estuvo en contacto con diferentes religiones de esa época, incluyendo las orientales. Esto lo llevo a explorar no solo estas religiones sino también lo concerniente sobre la magia y la hechicería.

Para la presente investigación se tomo de entre los contenidos el tema correspondiente a: «La mujer en la religión. Imágenes de lo femenino. Mitos y ritos».

La fuente elegida fue la obra de Apuleyo de Madaura: «El asno de oro o Metamorfosis».

Por considerar que las mujeres que se aluden en el trabajo no pertenecen a la aristocracia sino todo lo contrario, son del sector más bajo del pueblo. Ellas pertenecen a la clase social de los que no se habla y ni siquiera se las menciona en las obras de los escritores latinos, se descubren por lo que no se dice de ellas aunque se sabe que existieron. Si se las descubre en alguna obra no es precisamente para alabarlas, más bien es para tratarlas como malvadas, la mayoría de las veces, o burlarse de ellas en otras ocasiones. Están en el grupo de «los relegados» de la sociedad.

El tema de esta obra me atrajo porque está ligado, en cierta forma, con la religión no sólo la romana sino con otras de origen oriental. Si bien mi interés se basa en la religión romana, ésta a su vez con el paso del tiempo fue absorbiendo dioses así como diferentes manifestaciones religiosas de los pueblos que iba conquistando y que a su vez fueron variando su propia religión. A esto hay que agregar también el período histórico en que acontece la misma tan enriquecedor como lo anterior.

Apuleyo vivió en los gobiernos del Emperador Adriano, Antonino Pío y de Marco Aurelio, en este último período es cuando escribe esta obra.[1] Por lo tanto no sólo son atrayentes los comportamientos religiosos de esa época sino también la situación imperante en lo que concierne a Roma y que estaba pasando con sus mujeres.

Apuleyo nació en Madaura en el año 125 d. C. y falleció en Cartago en 180 d.C., por lo tanto sus primeros tiempos transcurrieron en el norte del África romana.

Su familia era de origen aristocrático; realizó estudios de retórica y gramática en Cartago, luego fue a Atenas a estudiar griego y filosofía. Allí se hizo partidario del platonismo, además estudió ciencias naturales, geometría, astronomía, poesía, música, se inició también en diferentes cultos de las religiones orientes que en ese entonces se propagaban en el mundo greco-romano.

Se radicó en Roma donde estudió y ejerció como abogado, se hizo de una reputación como brillante orador. La mayor parte de la producción literaria de Apuleyo se ha perdido, llegó hasta nuestros días: De Magia o Apología, una antología llamada Florida, que recoge breves textos suyos, tres obras de carácter filosófico: De Deo Socratis, De Platone et eius dogmate, De mundo y El asno de oro o Metamorfosis.

Lo que ha quedado es suficiente para darnos cuente de su inteligencia y conocimientos, parece mostrar en su carácter un fervor por la retórica y un anhelo de una nueva religiosidad.

Esos son también rasgos que encontramos en ese tiempo aficionado a las supersticiones y a las representaciones culturales más pintorescas. Apuleyo emprendió largos viajes y asiduos estudios, alternó el platonismo de ribetes místicos con la frecuentación de astrólogos y magos. Se inició en los misterios de varias comunidades religiosas y probablemente encontró una suprema iluminación al participar en Roma de los ritos mistéricos de Isis.

---

1 Kovaliov, S. I., Historia de Roma, Tomo III.-El Imperio, Buenos Aires: Ed. Futuro S. R. L., 1959, traducción: Marcelo Ravoni

La obra se divide en XI Libros y estos a su vez en capítulos. En los Libros I y II trata sobre la magia y su encuentro con una tía suya, en la ciudad de Hipata.

El Libro III, Lucio se entera que la esposa de su amigo Milón es hechicera y su transformación en asno.

Libro IX, en el capítulo IV relata el engaño de una mujer a su marido (tahonero) y la venganza de la misma matándolo a través de una hechicera con un encantamiento, capítulo V prodigios en la casa de un caballero en la que estaba el asno y las tragedias posteriores.

Libro X, en los capítulos I y II se cuenta la malvada acción de una mujer contra su hijastro y como se descubre su acción.

Libro XI, en el capítulo I relata su llegada a un lugar llamado Zencreas y luego de dormir en la playa le hace una oración a la Luna para que lo ayude a volver a su estado de ser humano, ella le contesta como debe seguir sus instrucciones y le afirma que su nombre es Isis, en los siguientes capítulos se describe la procesión a la diosa, su entrada a la religión, su retorno a Roma y su puesto entre los principales sacerdotes de Isis y Osiris. Si bien en la obra se encuentran otros Libros en los que se encuentran leyendas y mitos relacionados con la magia como el de Psique y Cupido, los elegidos son los que más interesan para la investigación.[2]

Los principios de la magia

La magia descansa sobre unas reglas básicas: en la observación, aunque sea superficial y rudimentaria y en el fundamento de que existe un orden o unas leyes en la naturaleza que permiten que las cosas, las palabras y las personas están íntimamente relacionadas entre sí.

La idea característica de la magia de que el mago o la hechicera obra por virtud de sus propios medios y poder autónomamente del dominio divino o la ley moral. Para ello el mago/a actúa mediante la «homeopatía» o «magia simpática» por ejemplo: si se quema una imagen de cera, la persona a la que va dirigida arderá de fiebre; si se golpea un escudo, se provocará el trueno; también por medio del «contagio o contacto» se tendrá poder sobre una persona si se dispone de algo que pertenece a ella, objeto, vestimenta, incluso a veces simplemente conociendo su nombre. La magia fue utilizada con diversos fines: protegerse de enemigos y peligros (magia apotropaica), curar enfermedades y aliviar dolores (magia terapéutica) promover el amor de un hombre o una mujer (magia erótica) o adivinar el futuro (magia adivinatoria).

En el mundo antiguo la magia fue un fenómeno universal, aunque las fuentes clásicas señalan algunos pueblos o tribus que sobresalieron en el dominio de técnicas mágicas de características propias, por ejemplo: babilonios, persas, egipcios, hebreos, galos, marsos, psilos o tesalios.

---

2 Madaura, Apuleyo de, El asno de oro, Introducción: Carlos García Gual, Madrid: Ed. Alianza S. A., 1988, traducción: Diego López de Cortegana (1513).

En todas las culturas del mundo antiguo los hombres y mujeres que se dedicaban a las prácticas mágicas pasaban por una iniciación ritual, pero también tener unas facultades especiales, así como adquirir ciertos conocimientos religiosos, filosóficos, científicos, etc.

Por lo tanto tenían un largo aprendizaje (incluida la escritura) ya que constituía una técnica o sabiduría generalmente depositada en libros que era preciso estudiarla y aprenderla. Nunca llegó a desarrollarse en Roma una magia de características propias; ésta, sobre todo, se practicaba en el campo, por ejemplo: para atraer o rechazar las lluvias, y estaba vinculada particularmente a la medicina.

La figura del mago por lo general se asocia con los extranjeros: griegos, tesalios, etruscos y más tarde egipcios. La mayoría de la información sobre la magia greco-romana procede de las inscripciones sobre plomo (tablillas de reprobación, aborrecimiento, abominación, etc.), los papiros y la documentación literaria. Los libros de magia que circularon en este período se han perdido. Los antiguos llegaron a distinguir varios tipos de magia según su grado de evolución y desarrollo: además de la magia propiamente dicha, la goecia y la teúrgia. La goecia (goetia) se puede identificar con la «hechicería» o «magia negra», es una magia vulgar, grosera, degradada,

que descansa en el ilusionismo y la charlatanería. Generalmente va asociada a la magia nociva o maléfica, así como a la magia amorosa o erótica, por lo que era perseguida y castigada por la ley. En el primer caso recurría a los maleficios, las prácticas necrománticas[3] y sobre todo la elaboración de venenos (venena, phérmaka); en el segundo a los nudos, a efigies de las personas a las que se desea atraer o a la elaboración de filtros amorosos (pocula amatoria).

En Roma y en general en el Imperio este tipo de magia era practicada casi exclusivamente por mujeres y particularmente por la «saga», por la hechicera no especializada, que con frecuencia actúa también como alcahueta (lenae) o trabajaba como mesonera (carpone).

Durante el Imperio romano, en el extremo opuesto, se desarrolló una forma más «evolucionada» de magia conocida con el nombre de teúrgia (theurgia).

Se atribuye a Juliano el Teúrgo su fundación.

El foco de donde partió la teúrgia fue la escuela de Alejandría, a finales del siglo I d. C.; los magos griegos y caldeos fueron quienes más contribuyeron a difundirla por el Mediterráneo.

Se ha definido la teúrgia como una magia aplicada a un fin religioso; mientras la magia hace uso de nombres y fórmulas de origen religioso con fines profanos, la teúrgia se sirve de los procedimientos de la magia vulgar con un fin puramente religioso. La principal aplicación de la teúrgia fue adivinación como se desprende de la existencia de sus dos ramas: la consagración y animación de estatuas los dioses para obtener oráculos y el empleo del trance de un médium (encarnación temporal de un dios en un ser humano). Los teúrgos componían y utilizaban una

---

3 *Nigromancia. /Arte de adivinar lo futuro evocando a los muertos. /Magia negra. Diccionario del español moderno*, Madrid: Ed. Aguilar S.A., 1969.

amplia colección de oráculos sagrados, generalmente de contenido muy oscuro, parecidos a respuestas de médium.[4]

La Magia y la sociedad romana

La magia y la religión se congregan en Roma como dos elementos aparentemente desvinculados y antagónicos.

Sin embargo existen indicios que desde la República los encantamientos y hechizos de magos/as intentaron buscar un lugar en la rigurosa tradición ritual de los sacrificios a los dioses tutelares. El ciudadano común o quienes vivían en la marginalidad, se sentían más comprometidos e interpretados por las adivinaciones y deslumbramientos de los hechizos de viejas, magos y médicos brujos, que aplacaban inmediatamente un dolor físico o revertían la impotencia sexuales.

Es quizás la figura de la hechicera, una de las más distintivas para recrear el oscuro mundo de la magia y las artes ocultas, el punto de partida para concentrar una desconocida realidad cultural y social que convivió conjuntamente con la religión oficial del Panteón romano. La magia y la superstición van estrechamente ligadas; la tradición religiosa romana incluyó a la superstición dentro de sus elementos del culto, entendida como una incuestionable herencia etrusca que fundó los pilares de las creencias y rituales.

Bajo esta circunstancia, durante el período imperial, mientras coexistía una amalgama de religiones orientales, africanas, etc., que seducían a unos y les costaba la vida a otros, un grupo social oculto y periférico se mantuvo alejado de esta bullente novedad religiosa cosmopolita que ofrecía un imperio abierto al orbe: las hechiceras, magas, adivinadoras. En la oscuridad del anonimato inculto, rústico, la realidad se inclinaba hacia lo incomprensible bajo el encantamiento de la magia, que ofrecía respuestas rápidas a aquello que no podía ser solucionado por la medicina, la ciencia, el código legal, etc.

La magia y la hechicería no es un tema nuevo en la religión o los mitos: (Ovidio, «Fastos», Libro VI, 135 y ss.), (El asno de oro, Pánfila, Libro III cap. IV pags.82, 83; 117), (El asno de oro, Meroe y Panthias. Libro I cap. I págs. 64; 68,69).

> Calla, calla; no digas mal contra esta mujer, que es maga; por ventura, no recibas algún daño por tu lengua. Es muy astuta hechicera, que puede bajar los cielos, hacer temblar la tierra, cuajar las aguas, deshacer los montes, invocar diablos, conjurar muertos, resistir a los dioses, obscurecer las estrellas, alumbrar los infiernos.[5]
>
> ¡Oh Lucio!, hijo mío amado, por esta diosa que tengo mucha ansia y miedo por ti y como a cosa mía deseo proveerte y remediarte. Guárdate y guárdate fuertemente de las malas artes y peores halagos de aquella Pánfila mujer de tu huésped Milón: cuanto a lo primero, ella es

4 Frazer, Sir James George, *La rama dorada. Magia y Religión*, Santa Fe de Bogotá (Colombia):Ed. Fondo de Cultura Económica, 1993.

5 Madaura, Apuleyo de, *El asno de oro*, Madrid: Ed. Alianza Editorial S. A., 1988, introducción: Carlos García Gual, (Libro I, cap. I, pág. 64).

> gran mágica y maestra de cuantas hechiceras se pueden creer, que con cogollos de arboles y pedrezuelas y otras semejantes cosillas, con ciertas palabras hace que esta luz del día se torne en tinieblas muy oscuras y del todo se confunda la mar con la tierra. Y si ve algún gentilhombre que tenga buena disposición, luego se enamora de su gentileza y pone sobre él los ojos y el corazón: comiénzale a hacer regalos, de manera que le enlaza el ánima y el cuerpo que no puede desasirse. Y después que está harta de ellos, si no hacen lo que ella quiere, tórnalos en un punto piedras y bestias o cualquier otro animal que ella quiere; otros, mata del todo; y esto te digo temblando, porque te guardes que ella ame fuertemente, y tu como eres mozo y gentil hombre, agradarle has. [6]

Por lo tanto, existen rasgos comunes en estas mujeres poderosas, intimidantes y ocultas, que demuestran la extensión de sus atribuciones sobrehumanas para bien de otros, pero que a la vez despliegan ante el observador como inalcanzable, poseedoras de indecibles poderes que desafían el orden natural de las cosas y del universo. Tanto la maga como la hechicera eran denominadas en latín como «veneficae» y «sagae», la primera entendida como envenenadora o maga y la segunda como bruja o hechicera.

Las magas paralelamente a las sacerdotisas de los respectivos dioses del Estado romano cumplían con los rituales a divinidades menores del hogar, la agricultura, la sexualidad y la fertilidad con el fin de cubrir las necesidades de protección sobrenatural a la cual el bajo pueblo no tenía acceso.

La magia, esencialmente antisocial en sus primeras tendencias individuales o de tribu, se transformó en la era greco-romana en factor político y social. Se subordina a la idea de un Estado poderoso, sustentado en leyes inatacables y protegido contra todas las fuerzas que puedan amenazar su poder. La magia domina sobre los pequeños clanes, que viven en un constante estado de miedo, de aprehensión y afectación. Bajo esta perspectivas encontramos que las habilidades mágicas siempre estuvieron en manos de médicos brujos y hechiceros pertenecientes a un grupo social marginal, debido a que los acontecimientos maravillosos tales como visiones oraculares, interpretación signos celestes y aruspicina correspondían a los sacerdotes pontificales y por ende a la religión del Estado, que frecuentemente condenó y marginó a los adivinos provinciales y rurales. En la vida privada había prácticas mágicas en directo detrimento de otros (hechizos, tablas de maldiciones) o en beneficio propio (amuletos, palabras de buen augurio, recetas contra las desgracias), que eran bagaje arcaico de la superstición popular.[7]

Censura y persecución

Ya en las XII Tablas existía una ordenanza jurídica en la cual se sanciona el «malum carmen»[8]: Tabla VIII. 8.a. «El que mediante conjuros hubiera hecho pasar los frutos del campo ajeno al propio…» («fruges excantare»).

---

6 Madaura, Apuleyo de, ob. cit., (Libro III, cap. IV, pags.82-83).

7 Bonnefoy, Ives, *Diccionario de las mitologías*. V. III. De la Roma arcaica a los sincretismos tardios.

8 Gil, Luis, *Censura en el Mundo Antiguo*, Madrid: Ed. Revista de Occidente S.A., 1961

8.b. «Ni atraigas mediante conjuros la cosecha ajena…» («pellicere»).[9]

Desde el punto de vista de una práctica-jurídica la clandestinidad y carácter marginal de la magia en la antigüedad romana se debe a que las prácticas mágicas eran consideradas delitos que aparecen recogidos como «crimina magiae» en la Lex Cornelia, pero que sin embargo se recurría a ella, se practicaba y se le temía a la vez.

Esto se contrasta con la sutil diferencia que la separaba de la religión. Dice Bayet que: «la magia no se distingue de la religión original, sino que sólo es posible darse cuente cómo cada civilización la aplica en ritos, espiritualidad mítica o jurídica.»[10]

El carácter oculto y secreto de las artes mágicas populares no fue una mera coincidencia o bien una auto-marginación propia de quienes practicaban dichos rituales, sino que existió verdaderamente una ilegalidad por parte del riguroso derecho romano que condenó dichas prácticas.

La insinuación de magia e ignorancia se hace implícito en la sociedad romana, con estupor ven la penetración de creencias foráneas a la religión romana, el abandono de las costumbres en el plano moral y el acercamiento del pueblo a prácticas viciosas y alejadas del rigor que implicaba la religión oficial. Se deja entrever que había por parte de algunos sectores de la sociedad romana, un rechazo importante a estas prácticas rituales y los alcances que podían tener en la salud mental de los beneficiarios de los hechizos. Sin embargo, existió otra magia y que coexistió con esta hechicería oculta, y es la llamada religión del Estado.

La religión oficial romana se fue gestando, sin duda, desde la tradición etrusca, con su compleja red de rituales que les fue heredado a Roma.

El arte fulguratoria y la aruspicina, formas típicas de adivinación etrusca, todos ellos adscritos dentro de la denominada doctrina etrusca que vinculaba la religión con la adivinación, los prodigios y la magia. Al observar la continuidad de los ritos de adivinación durante el Imperio se advierte la revalorización que tienen los arúspices etruscos. Ante el avance de las supersticiones extranjeras se trataba de mantener viva la más antigua disciplina, por tanto, los únicos que poseían el derecho de realizar actos adivinatorios y mágicos en provecho del Estado y sus intereses. Por todas se solicitaba el conocimiento de los arúspices y augures, sin embargo inspiraban cierto temor y según una ley augustal se les prohibió hacer pronósticos sobre la muerte de las personas. En efecto, se les comparaba a veces con todos los que bajo el Imperio se dedicaban a la magia, a la alquimia, a la teúrgia y a todas las formas de seudo-ciencias gracias a las cuales creían poder realizar lo imposible por la coacción que ejercían sobre las fuerzas divinas.

Lo anteriormente expuesto nos permite apreciar una progresiva interacción entre ambas tipologías de magia. Después de todo cumplen una función similar, pero el prejuicio por lo

---

9 Rascón García, César, García González, José María, Ley de las XII Tablas, Madrid: Ed. Tecnos S.A., 1993. Kunkel, Wolfgang, Historia del Derecho Romano, Barcelona: Ed. Ariel S.A., 1999.

10 Bayet, Jean, La religión romana. Historia política y psicológica., Madrid: Ed. Cristiandad, 1984.

desconocido y por aquello que no obedece a las leyes naturales o de los libros sagrados oficiales conllevará a una eterna proscripción de estas prácticas.

Esto no significa que los rituales mágicos y las ceremonias ocultas hayan desaparecido, sólo entraron en un estado de coexistencia con un elemento original.

Con la popularización del cristianismo y su penetración en las esferas de la corte imperial, a comienzos del siglo IV d.C., las medidas contra la magia serán aún más drásticas considerando que el único misterio posible de admitir era aquel que estaba contenido en las Sagradas Escrituras.

Conclusión

Por todo lo expuesto en la presente investigación se puede tener en cuenta ciertas reflexiones concernientes a las magas y hechiceras en Apuleyo de Madaura.

Desde la más remota antigüedad, las mujeres recolectaban y habían aprendido a conocer las propiedades buenas y malas de las hierbas, de las bayas y de las especias.

Por este motivo en el mundo antiguo las mujeres eran tradicionalmente consideradas magas, no solo cuando lo hacían en razón de su oficio sino también cuando eran capaces de preparar pociones milagrosas que procuraban el alivio a diferentes malestares de salud.

Las mujeres romanas conocían las propiedades beneficiosas y perjudiciales de las sustancias naturales, con ellas preparaban medicinas destinadas esencialmente, aunque no exclusivamente, a curar enfermedades. Pero esto no impedía que a veces las mujeres hiciesen mal uso de los «venena». Por si esto no era suficiente, en Roma se creía firmemente en la eficacia de las prácticas mágicas.

Es fácil comprender, en este contexto, que los hombres que desconocían los secretos de la elaboración de los filtros de amor y de muerte, perfectamente conscientes de la habilidad con que las mujeres los manejaban sospecharan de ellas y las temiesen también. Por mucho tiempo se tuvo la creencia en que ciertas mujeres eran capaces de transformarse a voluntad y transformar a los demás en animales, que podían también realizar vuelos nocturnos y meterse en los sitios más recónditos, eran expertas en la fabricación de hechizos para hacerse amar o para aborrecer a una persona, etc. Por lo tanto no es de extrañarse el porqué se las perseguía, además de todas estas atribuciones estas mujeres pertenecían a la clase social más baja de la sociedad romana. A ellas recurrían no solo las personas de su misma clase social sino aquellos de la aristocracia que necesitaban algún encargo para ellos. No solo se las castigo persiguiéndolas y hasta matándolas sino también fueron excluidas, insultadas, acusándolas de todo tipo de maldades por los integrantes de la sociedad en general.

Bibliografía

Bayet, Jean, *La religión romana. Historia política y psicológica*, Madrid: Ed. Cristiandad, 1984.

Bonnefoy, Ives, *Diccionario de las mitologías*. Vol. III. De la Roma arcaica a los sincretismos tardíos, Paris: Destino, 1997.

Diccionario del Español Moderno, Madrid: Ed. Aguilar S. A., 1969.

Duby, Georges, Perrot, Michelle, *Historia de las mujeres en Occidente. La Antigüedad. Rituales colectivos y prácticas de mujeres*, Madrid: Ed. Taurus, 1993, traducción: Marco Aurelio Gelumini.

Frazer, Sir James Georges, *La rama dorada. Magia y religión*, México: Ed. FCE, 1993.

Gil, Luis, *Censura en el Mundo Antiguo*, Madrid: Ed. Revista de Occidente S. A., 1961.

Kovaliov, S. I., *Historia de Roma*. Tomo III.-El Imperio, Buenos Aires: Ed. Futuro S. R. L., 1959, traducción: Marcelo Ravoni.

Kunkel, Wolfgang, *Historia del Derecho Romano*, Barcelona: Ed. Ariel S. A., 1999.

Pomeroy, Sarah B., *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, Madrid: Ed. Akal S. A., 1999, traducción: Ricardo Lozano Escudero.

Rascon Garcia, Cesar, Garcia Gonzalez, Jose Maria, *Ley de las XII Tablas*, Madrid: Ed. Tecnos S. A., 1993.

Fuente

Madaura, Apuleyo de, *El asno de oro*, Madrid: Ed. Alianza S. A., 1988, traducción: Diego López de Cartegana (1513).